

MARANATHA

TERLENGIZ.



J.L. CORTÉS.

“Tened cuidado; No se os embote la mente con el vicio, la bebida y los agobios de la vida, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra. Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir, y manteneos en pie ante el Hijo del Hombre.”

Lc 21,34-36.

Así termina el fragmento del Evangelio que leeremos el primer Domingo de Adviento, pues aunque algunos crean que el Adviento ha perdido su carácter penitencial, la Liturgia lo remarca machaconamente.

Adviento es como sabemos, quizás demasiado bien, esperar, pero no esperar de cualquier manera, no estamos esperando cualquier cosa.

Esperamos el cumplimiento de la Promesa de Dios, esperamos a Dios, que plante su tienda entre nosotros.

Y para recibirle como se merece hay que preparar un poco el terreno, lo que gritan los profetas sin cansarse, hay que preparar una calzada al Señor que viene.

Yo la primera pregunta que me hago al comenzar el Adviento, es ésta; ¿Qué hambre mueve mi corazón? ¿Qué nostalgia siente mi alma?

Se contar, y por tanto sé que son dos preguntas no una, pero al tema, mi primera inquietud va por ahí, realmente, pero de verdad, nada de quedar bien y esas cosas, de verdad, ¿quiero que venga el Señor a mi vida?

¡¡¡¡Cuidado!!!! Contad hasta un millón por lo menos antes de responder.

Unos buenos amigos han tenido una criatura, hace unas semanas, hablando con ellos me pedían oración para afrontar la nueva vida que se les echa encima, no saben por dónde empezar, todo es nuevo, ese pequeñajo, les ha puesto patas arriba toda su vida y eso que llevaban esperando nueve meses a que llegara.

El Adviento no dura nueve meses, pero acaba igual, con un pequeñajo poniendo toda nuestra vida patas arriba.

Por que eso es lo que sucede si le decimos al Señor que venga, que viene y viene como un elefante en una cacharrería.

Por que este niño, viene a marcar un antes y un después, nada será igual tras su venida.

Adviento es la oportunidad de ir haciéndonos a la idea de que todo será distinto, de que todo ha de ser necesariamente diferente en nuestra vida.

¿De verdad quiero cambiar mi vida? ¿De verdad necesito un Salvador?

Son preguntas que parecen necias, lo sé, pero solo lo parecen, Adviento es la oportunidad de dar un repaso a nuestra vida, y de sacudir a fondo las alfombras, tengo siempre la imagen de niño, cuando no existían esos trastos llamados aspiradores, en que al principio de verano, se enrollaban las alfombras, se llevaban al río, y en la orilla se colgaban de una rama y los críos las vareabamos de firme antes de meterlas en el río para lavarlas.

Adviento es la ocasión para varear a fondo nuestra vida y sacudirle el polvo, no tenemos ni idea la cantidad que hay.

Nos parecemos tanto a aquellos doce que acompañaban a Jesús a todos lados, nos parecemos mucho más de lo que pensamos.

Mirad si no a vuestros grupos de la Renovación, con cariño, pero con sinceridad, a ver, seguro que encontramos a más de uno haciendo la pelota al Señor para poder sentarse a su derecha, o a unos cuantos discutiendo quien es el mayor, bueno discutiendo quien es el mayor, o a quien vamos a elegir como servidor, tanto da, que da lo mismo, y no faltará quien ande buscando los primeros puestos, el que piense que como él o ella, nadie hace las cosas de bien y bonito, seguro que tampoco faltará quien le pregunte a al Señor con envidia mal disimulada quien es el mayor o el mejor o el más guapo/a, del grupo.

Ni tampoco ha de faltar la Marta de turno que se queje con amargura de que le toca currar de firme, mientras María se escaquea, y cuidado con que alguien le diga, vale, no curres mas, deja que otro haga la tarea, la que se puede liar, ¿ O no?

Adviento es un buen momento para reflexionar muy profundamente en qué ocupo mi tiempo y mi vida, que agobios me agostan el corazón, en que gasto o malgasto mi vida.

Y no sé los demás, pero cuando yo me hago estas preguntas, lo primero me echo a llorar, me entra una sensación de ser el mayor imbécil de la historia.

Por que lo cierto es que el cien por cien de las cosas que habitualmente me preocupan son estupideces que no merecen ni un segundo de mi tiempo.

Vamos a los grupos y gastamos horas en discutir tonterías, en lugar de emplearlas en alabar al Señor, es normal, todo depende de cual sea nuestro centro, si centro mi vida en el Señor Jesús, si todo lo hago girar en torno suyo, descubriré que nada merece ni un segundo de mi tiempo que no sea El.

Es que nada lo merece, Adviento es el momento de sacar la escoba y barrer a fondo tanta porquería acumulada en nuestro corazón, dejar el establo bien limpio para que el niño tenga un lugar para nacer, y he dicho establo, lo he dicho bien consciente, mi corazón nunca dejará de ser un establo, y el día que se convierta en un palacio, Jesús no podrá nacer en él.

Toda la vida es un largo Adviento, ciertamente nunca nos convertimos del todo, nunca terminamos de quitar las piedras del camino, siempre quedan las suficientes para que podamos pensar que no hemos trabajado lo suficiente.

Si quiero que Jesús, plante su tienda en mi corazón, si lo quiero de verdad, con todo mi ser, entonces hay mucha tarea por delante.

María es un buen ejemplo, ella es consciente de que la tarea que se le encomienda le supera, pero se fía de Dios sin reservas, se la jugó y más de lo que creemos, que sus vecinos eran unos burros de cuidado, y si el bueno de José, aplica la ley de Moisés, o sea la Ley de Dios, la dan pedradas hasta el cielo de la boca.

Pero ella entiende que si viene de Dios, no cabe otra que decir que si, ella no puede, Dios pondrá lo que falta, Dios no le falló, el

bueno de José resultó ser un pedazo de pan, tan dócil al Señor como ella, no creo que El se enterase muy bien de lo que estaba pasando, pero confió, se creyó la Palabra de Dios y la creyó en lo más profundo de su corazón y la creyó de tal modo, que la hizo vida en su vida.

Dios tiene extrañas maneras de hacer las cosas, pudo salvarnos de un millón de formas distintas, escogió hacerse uno de nosotros, se buscó una familia entre tantas, pobres como ratas, en una aldea perdida en un rincón del mapa, y empezó desde abajo, tan abajo como encarnarse en el seno de aquella muchacha, que le dijo ven con todo su corazón, que le abrió el alma y le engendró en su vientre, carne de su carne.

Nos salvó naciendo en un establo, creciendo oculto en una familia de tantas, que tenían que trabajar duro para no pasar demasiada hambre, por eso Dios no se espanta de mi pobreza, no puede asustarle, pues él ha sido mucho más pobre.

Adviento es sentarse a la puerta de tu tienda, de tu casa, de tu corazón, y dejar que el Espíritu de Dios te cubra con su sombra y te fecunde, que El Espíritu de Dios engendre en ti al niño que corriendo el tiempo te salvará colgado en una Cruz.

Adviento es el tiempo de hacerse niños, aguardando impacientes el regalo que trae la noche de Navidad, durmiendo inquietos y amaneciendo antes que el Sol, para ver que hay bajo el árbol.

Señor, no entiendo tus caminos para mí, no sé como agradarte, no sé como servirte, pero aquí estoy, yo no sé como será eso, pero hágase su voluntad, tú lo sabes todo, tú lo puedes todo, hágase en mí según tu Palabra.

En el fondo Adviento no es otra cosa, creo yo, que llevar hasta el extremo nuestra fe.

Ir hasta el fondo, hasta el final, Señor aquí estoy, Adviento es ponerse en sus manos y decirle moldea mi arcilla, moldéala como más te guste, Adviento es dejarse de medias tintas, y de una vez por todas, entregarnos del todo, dejar que El sea todo en nosotros.

¿Té animas?
Feliz Adviento.

